

guerreros como sacerdotes, tanto conquistadores como misioneros.»

Si, pues, de lo que se trata es de que haya paz entre moros y cristianos, el medio más eficaz y concluyente es hacer desaparecer uno de los términos de la pelea, y altamente consolador es para nosotros poder afirmar que el mahometismo es el llamado a desaparecer, para dicha del mundo y gloria inmarcesible de nuestra España. En otro tercer artículo de *El Siglo Futuro*, del día 29 del pasado mes, se escribía este párrafo que a continuación anotamos y que dice así:

«Misión histórica primordial de España es la de ser portaestandarte de esa civilización cristiana, y de tal misión forma parte indudable y quizás fundamental la lucha contra la morisma, que dura sin casi interrupción desde don Pelayo hasta don Alfonso XIII; constituye nuestra historia y los orígenes de nuestra nacionalidad actual a través de la Edad Media; prosigue en la Edad Moderna, después de expulsados los moros de España, continúa en la época contemporánea, y sólo terminará, queramos o no, aunque para ello se necesite un siglo, con la desaparición del mahometismo del mundo, con el que desaparecerá uno de los más monstruosos instrumentos de barbarie que en él existen, y el que quizás más ha estorbado la difusión del Evangelio y de la Iglesia.»

Luego los que han de ser causas e instrumentos a la vez de que desaparezca el mahometismo del Mogreb, han de ser a toda costa trocados en fervorosos católicos en su fuerza motriz y en la aptitud conducente al fin para que se destinan. Tomando el distinguido articulista una de las fases de la cuestión, trata de ella con el certero criterio católico que siempre distingue al ho norable colega, con estas palabras:

«Hay que volver a la antigua concepción del Ejército español. Hay que volver a aquel Ejército en el que un coronel ante un general, y un capitán o comandante ante un coronel, eran como un simple recluta ante un superior de elevada jerarquía. Hay que volver a aquel Ejército en que el compañerismo sólo existía entre los que tenían igual grado y mientras lo tenían, pues fuera de eso sólo había superiores y subordinados.»

»La verdadera concepción de la disciplina militar es aquella clásica, según la cual el inferior no puede permitirse ni siquiera pensar en alta voz en asuntos del servicio, fuera de las órdenes recibidas de su superior.

»Mientras esos conceptos no se restauren, nada habrá posible, y la nación, que es lo que importa, sufrirá dolorosos fracasos, y si un jefe obrando por sí y ante sí obtiene un éxito, hará más daño con él a su Patria que si hubiese fracasado.

»El que no lo sienta así carece de la verdadera vocación militar, que es clase social, que no constituye una profesión, sino un estado, un verdadero sacerdocio, para el que nos parecen pocos todos los honores y distinciones, pero para cuyo austero ejercicio se requieren especialísimas y elevadas condiciones de carácter.»

Después, para confirmar lo anteriormente dicho, añade:

«Alemania no fué derrotada, pero si la victoria de los aliados ha sido posible, se debe a que el hoy mariscal Joffre acabó en el ejército francés con las iniciativas personales, restableciendo la disciplina en grado tal,